



01\_El marco histórico



En torno a 1923 –al difundirse los proyectos de intervención urbana a gran escala– apareció una nueva forma de entender la política agraria, al ligarse a la misma no tanto a la puntual creación de riqueza en zonas hasta entonces despobladas cuanto a la voluntad por potenciar los recursos energéticos e hidráulicos del país. (...) Frente a quienes valoraban la política de colonización como sumatoria de inconexas intervenciones puntuales, aparece ahora el proyecto territorial a gran escala.

# La “revolución conservadora” y la política de la colonización en la España de Primo de Rivera

Carlos Sambricio Rivera-Echegaray, Dpto. de Composición Arquitectónica. ETS Arquitectura, Universidad Politécnica de Madrid

Desde la segunda mitad del siglo XIX las ciudades europeas han experimentado una más que singular transformación no tanto en los temas planteados –la definición de los ensanches, las operaciones de reforma interior o las actuaciones a escala territorial– como por las distintas formas en que se afrontaron idénticos problemas. Lo que ha caracterizado ciento cincuenta años de urbanismo ha sido la presencia y pervivencia de unos problemas y no la forma de afrontarlos. Es obvio que las propuestas de ensanche definidas en torno a 1860 nada tuvieron en común con los proyectos de extensión del extrarradio formulados en los años 30, del mismo modo que las intervenciones en los núcleos históricos propuestas por Haussmann o, más tarde, Sitte eran extrañas al tipo de intervención en el casco intramuros que el CIRPAC reclamara en su reunión de 1934. Y si esto ocurría en los núcleos urbanos, también hubo, entre quienes reclamaban una política que posibilitara remediar la situación del campo, una singular evolución en la forma de encarar y resolver lo que se concibió como política colonizadora.

La promulgación en 1907 de la Ley de Colonización Interior supuso aceptar, de manera oficial, los problemas e inquietudes denunciados en los últimos años del siglo por reformadores como Joaquín Costa, el ingeniero Lucas Mallada o el geógrafo Macías Picabea. La influencia que el pensamiento de Costa ejerciera tanto en la generación del 98 como en textos como *Los Males de España* o *El problema nacional* (de Mallada el primero y de Picabea el segundo) quedó reflejada en su exigencia al pedir al Gobierno que formalizara... “en un plazo de diez y ocho meses, un plan de canales y pantanos extendidos por toda la parte hispana de la península” remachando en cómo “[...] paralelamente a la realización de los planes hidráulicos había que conseguir extender la zona de pradería armonizándola con la agrícola, destinar al cultivo de cereales parte del regadío para intensificar su producción” defendiendo la idea de que, para poder lograr una obra de tal importancia, la acción individual debía ser estimulada por iniciativa del Gobierno. Para Costa la política hidráulica tendría como resultados extender las zonas de prados; estrechar el área destinada a cultivo cereal; introducir la piscicultura; desarrollar el cultivo de frutales; iniciar la repoblación forestal; facilitar el acceso a la pequeña huerta; establecer créditos agrícolas; contener la emigración y transformar en partes vivas las estepas y margales saliferos. De este modo en 1907, pretextando la Ley retomar las palabras de Costa, se promulgaron medidas de colonización interior –independientes de los planes hidráulicos–, se buscó, mediante la aprobación de actuaciones puntuales (esto es, la construcción de algunos núcleos agrarios) favorecer los intereses de los grandes latifundistas sin que en ningún momento dicha colonización se entendiera como respuesta a una política territorial cuyo objetivo fuera desarrollar la riqueza del campo<sup>1</sup>.

En 1902 las Cortes habían aprobado el Plan hidrográfico de Gasset –296 obras y el proyecto de 1.500.000 nuevas ha de regadío– lo que supuso relanzar el debate sobre la arquitectura popular; pero, y tras cesar Gasset en el Ministerio, el Plan quedaría archivado. La Ley de 1907 se aprobó en un momento más que significativo de la historia de España: conocemos cuáles fueron los resultados

de aquella primera Ley de colonización interior por la Memoria que en 1909 el Gobierno presentó a las Cortes. En el documento sobre Colonización y Repoblación Interior se explicitaban los criterios adoptados sobre dónde actuar, qué dotaciones debían establecerse en cada colonia y cuáles eran las características de las viviendas de los colonos. Comentando cómo, tras la aprobación de la Ley, se habían presentado 326 solicitudes, explicaba las razones desde las que se denegaron tanto las peticiones de terrenos y repartos para familias aisladas como la colonización en terrenos que –por sus condiciones forestales, extensión o geológicas– no se prestaran para el cultivo o no fueran susceptibles de posibilitar el asentamiento del mínimo reglamentario de diez familias. El Reglamento, que regulaba la ejecución de la Ley, precisaba el objeto de la misma, que era posibilitar la ocupación de montes y terrenos propiedad del Estado o municipales (de los dedicados a aprovechamiento común) así como los bienes de propiedad privada que, de acuerdo con sus dueños, pudieran dedicarse a la formación de colonias. Las primeras colonizaciones fueron las llevadas a término en el monte Algaida (en Sanlúcar de Barrameda, y de propiedad municipal), en el privado monte Urrieta del Águila (en el zamorano término de Moveros) y a ellos seguirían los proyectos de colonización de los montes Els Plans, Las Navas, Coto de la Sierra de Salinas, Alisos... En los veinte años primeros de política de colonización interior tan solo 4.006 habitantes (1.706 familias) se establecieron en las 18 colonias constituidas, edificándose 596 viviendas y 50 edificios comunitarios si bien el tema de la colonización interior se hizo habitual en las publicaciones como *Revista de Obras Públicas* o en el *Boletín del Instituto de Reformas Sociales*<sup>2</sup>.

Se produjo entonces una doble reflexión: por una parte, y afrontando la realidad inmediata de la posible construcción de los núcleos de colonización, se jerarquizó la presencia de las dotaciones y servicios que debían existir en cada una de las nuevas colonias sobre cualquier otro aspecto; paralelamente, y desde el abstracto debate parlamentario, se polemizó tanto sobre la superficie a adjudicar a cada colono como sobre cuestiones tales como el procedimiento a seguir en la selección de terrenos, el número de familias que debían asentarse en cada colonia, la arquitectura de las viviendas para los colonos... La voluntad por realizar los poblados de colonización a imagen de los barrios obreros se reflejó no tanto en los posibles proyectos de vivienda para los colonos como en los equipamientos y dotaciones, entendidos como elementos de control ideológico de los nuevos habitantes imponiéndose, de manera incuestionable, la presencia –en núcleos que a veces apenas contaban con diez familias– de iglesia, capilla y casa del capellán; escuela y casa de maestro; sala de juntas, conferencias y espectáculos; cantina escolar; bodegas y almazaras; molinos, pozos, depósitos de agua, casa de guardas...<sup>3</sup>. Pese a ello, en una de las Memorias presentada por la Junta Central de Colonización se aludía a la Exposición Internacional de Gante de 1913 señalando (dirigiéndose a los autores de los proyectos de colonización) como estos “...no deben olvidar las enseñanzas que nos proporcionó Gante; las tenemos presentes como meta de nuestras aspiraciones, al mejorar la vida rural, por dedicar mayor atención a la vivienda, se vigoriza la resistencia de las campiñas como depósito de las energías y se fortalece el espíritu agrícola”. Así, el tema de la colonización interior se proponía desde el estudio de la vivienda rural, en un momento en el que muchos reclamaban el carácter específico de una imprecisa arquitectura española, al identificar tradición con la nostálgica referencia a un pasado que nunca había existido.

Cuando todavía Lampérez encabezaba la tradición ruskiniana del neogótico, la situación española era similar a la que se debatía en una Europa en la que la idea nacionalista y racial había invadido el pensamiento de la burguesía hasta el punto que, desde la propuesta de renovación racial, en Alemania se sugería la creación de colonias raciales. Pese al rechazo del *Werkbund* alemán a la nostálgica imagen del artesano, todavía en 1907 estos trabajaban –y con singular aceptación de público– en la tradición medieval y burguesa, evolucionando en la idea racista y nacionalista marcada por el movimiento de salvaguardia del patrimonio local (*Heimatschutzbewegung*); en este sentido Campbell ha

destacado cómo, en la Alemania de aquellos años, si bien las grandes firmas podían permitirse experimentar con nuevos diseños (siguiendo, como hizo la AEG, las pautas del DW), esto no sucedía en las pequeñas empresas artesanales, demasiado dependientes de la demanda del consumidor<sup>4</sup>. La reflexión sobre el nacionalismo de Fichte estuvo presente en el pensamiento de Menéndez Pelayo y, en consecuencia, de la intelectualidad conservadora que caracterizó la España de aquellos años: en un momento en el que era habitual ensalzar (como hiciera el escritor José María Pereda) las costumbres y valores tradicionales, la idea aceptada por muchos era que casi siempre lo malo provenía de alterar la inmovilidad idílica de campesinos que aún no habían oído hablar de progreso. Aquella España –retratada en las imágenes captadas por Ortiz de Echagüe sobre tipos y costumbres, castillos o sobre paisajes– reflejaba la opinión de quienes identificaban tradición con regionalismo: y aquella identificación –llevada al campo de la arquitectura– dio pie a considerar la arquitectura popular –la misma que se quiso llevar a los poblados de colonización– como paradigma de orden añorado, pese a que la Sociedad Española de Higiene denunciara aquella realidad proponiendo como estudio alternativo, en el concurso convocado en 1909, el tema “El hogar en las Hurdes”.

Hubo quienes (como ocurriera con el Obispo de Gerona, Torras i Bages, seguidor de los supuestos de Balmes y buen conocedor de Donoso Cortés) pretendieron recuperar la tradición perdida que nunca existió, la utopía negativa que definiera Cacciari. Entendía que el materialismo político y de costumbres significaba la muerte del regionalismo, siendo este el único sistema que fomentaba el sentimiento de patria y espíritu familiar, siendo en consecuencia la lengua el vínculo comunitario primordial, la arquitectura se entendía como parte de dicha lengua y, en consecuencia, lo que podía caracterizar y dar sentido a los nuevos núcleos rurales. “...La lengua es el pueblo... y entre todos los vínculos sociales, a excepción de la religión, la lengua es el más fuerte”<sup>5</sup> se apuntó en momentos en que la discusión sobre el posible “catalanismo estatista” quedaba abierta. Cuando el pensamiento conservador daba pie a mitificar la idea de un urbanismo orgánico que se identificaba con la referencia medieval, la idea de la indiscutible superioridad de ese pueblo y su afán por romper el cerco que amenaza a la comunidad catalana sintonizaron con quienes reclamaban el espacio vital que –consideraban– les correspondía. Partidarios del núcleo rural y contrarios a la cultura urbana (valorando la metrópolis como “tumba del proletariado”) su opinión chocaba con la expuesta por Henry Sellier al entender la calle y el barrio urbano como referencia de vida. Fue así como se planteó la necesidad de mantener lo popular y cuando se buscó llevar la cultura del campo a la ciudad. Sin embargo, fue también en aquellos momentos cuando se produjo una doble reflexión que sería determinante en las ideas sobre la colonización y ocupación de las zonas abandonadas.

Frente a quienes reclamaban (desde la defensa de valores tales como religión, familia y Estado) volver la vista hacia el sueño perdido buscando en la falsa tradición pautas de comportamiento, también hubo quienes –disociando el ruralismo de los anteriores– propusieron llevar al mundo rural las ventajas de la gran ciudad. En el caso concreto catalán, la idea de una *Catalunya ciutat* se enfrentó al modelo ruralista defendido por el obispo Torras i Bages: la propuesta una Cataluña viva, periférica, dinámica e industrial formulada por un Prat de la Riba, encuadrada pese a todo en la tradición de la mediterraneidad<sup>6</sup>, se oponía tanto a un centralismo que –desde los intereses de una burguesía urbana–, a que se considerara reflejo de un país oligárquico y semifeudal como a la voluntad de quienes, en la misma Cataluña, reclamaban el tiempo perdido. Fue así como industrializar el campo supuso concebir nuevas instalaciones agrarias (con lo que se daba al traste a los equipamientos del poder definidos en la Ley de 1907) buscando apuntar el carácter industrial de la economía agraria a tiempo que en las grandes ciudades se reclamaba la reflexión sobre la “arquitectura del mañana” (título, por ejemplo de un artículo publicado en *Arquitectura y Construcción* de 1910 por Franz Jourdain) lo que suponía reflexionar sobre un nuevo tipo de ciudad; y tras Jourdain, Jerónimo Martorell publicaría *La Arquitectura Moderna*. La utopía que en el XIX había buscado redistribuir la riqueza se hizo, en los

comienzos del XX, maquinista. El nuevo sueño fue urbano, olvidando lo que años antes se planteaban los desurbanistas: y si repasamos algunas de las revistas anarquistas españolas veremos cómo personajes como Gabriel Alomar reclamaban el futurismo como opción, coincidiendo en su canto a la máquina y a la velocidad con los elogios que Ramiro de Maeztu hiciera al Bilbao industrial<sup>7</sup>. Quienes propusieron el nuevo sueño buscaron conseguir el compromiso entre las posiciones defendidas por Azorín o el joven Unamuno de *Germinal* y quienes rechazaban abandonar la gran ciudad. Para ellos la solución fue conseguir romper los límites de la población (la vieja cerca) y, en su afán por conseguir suelo barato donde construir viviendas higiénicas, reclamaron un nuevo tipo de núcleo poblacional (la ciudad jardín, la barriada satélite, la colonia de casas baratas...) a caballo aparentemente entre el núcleo rural y la cultura metropolitana. Su reacción se planteaba cuando la burguesía buscaba también romper (verticalmente) el límite histórico que era la silueta de la ciudad, superando las cinco alturas que caracterizaban los edificios de viviendas construidos en el XIX y proponiendo construir en vertical, edificando no sólo aislados edificios en altura sino imaginando urbes en las que los rascacielos quedarían unidos entre sí por puentes aéreos, en los que aviones y aeroplanos formarían parte del nuevo paisaje urbano, integrándose la nueva realidad soñada. Del R.U.R. de Kapeck a la *Metrópolis* de Lang, la ciudad vertical no sólo se proyectó como ciudad de clase, buscando que la *city* se convirtiera en lugar de negocios sino que lo hizo paralela al debate sobre qué debían ser los núcleos rurales, cuáles sus trazados, cuáles sus arquitecturas. Porque hubo también otro sueño, el de quienes buscando sus raíces entendieron que la vuelta a la tradición no significaba reclamar el pastiche y sí, por el contrario, sentar las bases de una nueva cultura.

Los supuestos nacionalistas que reclamaban el rechazo a los extranjerismos había perdido toda su fuerza, si bien todavía en 1917 Lampérez añoraba el carácter (que no la imagen o trazado) de la ciudad medieval como alternativa. Desde una opción más nacionalista que nacional (Rucabado, Cabello Lapiedra o Guimón) sus opiniones se enfrentaban a quienes, como Torres Balbás, proponían el estudio de la auténtica tradición, rechazando el pastiche. Surgió así el enfrentamiento entre quienes entendieron la necesidad de analizar el sentido de la arquitectura popular y quienes, por el contrario y desde componentes raciales, reclamaban lo español. Y fue entonces cuando –primero, con motivo del Congreso Internacional de Ciudades celebrado en Gante, en 1913; luego, coincidiendo con el debate abierto en Bélgica sobre la reconstrucción (sobre cómo reconstruir las zonas rurales destruidas por la Guerra)– se planteó una nueva reflexión sobre la vivienda y, en consecuencia, sobre la arquitectura popular.

Retomando las reflexiones planteadas en Gante en 1913, durante el Congreso Internacional de Ciudades celebrado en 1919 se plantearon propuestas de reconstrucción para las áreas devastadas, definiendo en consecuencia un nuevo tipo de planificación al definir planes de intervención a una escala como nunca hasta el momento se había planteado. El plan comarcal de Dublín y luego las actuaciones en Bélgica<sup>8</sup> influirían en un Montoliú –partidario de Geddes– que, reconociendo la decisiva jerarquía del territorio en el crecimiento de las ciudades, entendía que los problemas urbanos no podían resolverse mediante nuevas aglomeraciones. Montoliú, que había asistido en 1913 al Congreso de Gante, era por tanto conocedor de la polémica surgida entre quienes reclamaban volver a la arquitectura regionalista (definida como arquitectura de “pabellones rurales”) y quienes defendían la opción defendida desde el *Werkbund* alemán, calificada por sus oponentes como *cubista*. Preocupado en difundir aquel debate en España (como hiciera mediante los artículos publicados en la *Revista de Obras Públicas* en 1914) e interesado en la discusión sobre política de suelo, Montoliú no sólo dio a conocer las diferentes experiencias europeas de esos años sino que también –notable publicista– comentaría las características de las ciudades jardín europeas. Si en 1915 había publicado un primer estudio comparando la legislación española y las normas de otros países, en 1919 haría ver cómo las experiencias desarrolladas hasta el momento habían sido solo actuaciones puntuales (concebidas desde los supuestos del reformismo obrero o de la actuación de determinadas socieda-

des benéficas inherentes a la sociedad burguesa) encomiables desde la preocupación social por dar solución al problema de vivienda barata pero criticables por no ser reflejo de una política. Entendiendo cómo “...cuando la ciudad ha alcanzado el límite citado para su crecimiento, deja de crecer por nutrición y se reproduce materialmente, proyectando a distancia el exceso de su población en forma de colonias como nuevos embriones de su propio organismo y no hay inconveniente alguno se establezca a su alrededor, mientras lo hagan con edificios completos y autónomos, sujetos a las mismas leyes de su desarrollo”<sup>9</sup>, en su opinión la “ciudad-satélite” debía dejar de valorarse desde la opción marcada por Howard al entender que los núcleos satélites... “que se forman llevando ya consigo, desde el principio, la ley que ha de regular su propia vida y su desarrollo futuro, evitando –naturalmente– aquellas soldaduras que son la negación misma de todo proceso orgánico”.

Tras Gante, el Congreso sobre la Reconstrucción: si en 1915 se había propuesto la idea del plan comarcal, la experiencia belga en 1919 fue decisiva en los planes de colonización concebidos en España a partir de 1920. Sabemos, en efecto, que en 1916 ya se habían concebido proyectos de habitación en la zona a reconstruir, estudiando Paul Fischer la posibilidad de actuar en las zonas ocupadas de Bélgica<sup>10</sup>. Desde la propuesta formulada en 1915 (la *Town Planning Conference* sobre la reconstrucción belga, en la que algunos insistirían en la influencia de la ciudad jardín inglesa en la articulación del territorio) Unwin propuso tres distintos niveles de intervención dentro del plan general para la reconstrucción (nacional, provincial y local) cada uno de los cuales debía definir equipamientos específicos, consciente (como señalara Verwiltghen) que “...el problema de la organización de la ciudad es que se ha reducido durante demasiado tiempo a un problema de trazado y forma, cuando en realidad son consideraciones económicas y sociales las que determinan el cuadro social”. Retomadas aquellas ideas tanto por Montoliú como por Amos Salvador o Torres Balbás, mientras que el primero centró su atención en las características de los núcleos jardín, los otros dos se preocuparon por los ensayos sobre la estandarización y la evolución nacional de un estilo arquitectónico. El debate sobre la reconstrucción en Bélgica tuvo para España consecuencias no destacadas hasta el momento. Ciertamente que Hilarión González del Castillo llevó a la Exposición Internacional de Bruselas el modelo de Ciudad Lineal<sup>11</sup> introduciendo singulares novedades al aceptar no sólo la propuesta de una Ciudad Lineal con equipamientos situados en el centro de la misma (e incluir una propuesta de zonificación por usos) sino, y sobre todo, por aceptar la idea de poblados agrícolas y poblados industriales. Buscando ser aceptado –por asumir el tamaño impuesto en las bases de la reconstrucción belga– integraba su Ciudad Lineal dentro de un plan regional y un plan nacional de urbanismo y supeditaba su propuesta al programa de servicios definido por las pautas que marcaban tanto cuál debía ser la reconstrucción como desde qué supuestos concebir la misma. Su gran novedad radicaba en asumir la idea de plan regional, esforzándose en transformar la propuesta de Soria en una Ciudad Lineal colonizadora: pero, fuera de contexto, lo trascendente del debate en el Congreso fueron las opiniones formuladas por los urbanistas ingleses, al poco difundidas en *La Construcción Moderna*, *Civitas* o el *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*. En una España que vivía apasionadamente el enfrentamiento entre germanófilos y aliadófilos, la difusión de aquel debate fue más que importante, máxime cuando era en aquellos momentos cuando los viejos maestros de la escuela de Charlotemburgo (March, Stübben, Jansen...) no sólo publicaban sino que viajaron a España, dictando conferencias y participando en concursos. Fue entonces a través del congreso citado como se difundió en España el saber teórico de Geddes y las primeras ideas sobre el sentido del plan regional, opciones avaladas –de manera indirecta– por los técnicos franceses, jugando en este sentido Jaussely un papel más que singular<sup>12</sup>.

Tras la reunión de 1915 se plantearon –en distintas fechas– tres concursos: uno primero, en 1917, sobre viviendas baratas; un segundo, en 1919, sobre reconstrucción de barrios destruidos y un tercero sobre ciudades jardín, anunciando en julio de dicho año el Gobierno belga –tras la construcción en Roulers de una ciudad jardín para cien viviendas– su decisión de construir diez mil habitaciones



obreras y mil granjas, entendiendo en consecuencia el proyecto como actuación regional. En la exposición sobre la reconstrucción, la mayor parte de los proyectos presentados se preocuparon sólo por desarrollar ejercicios de estilo: pese a ello, la reconstrucción regional se planteó desde el estudio de los materiales y la coordinación de actividades buscando racionalizar la producción industrial de determinados elementos constructivos; para Abercrombie todo el problema de la reconstrucción radicaba en dar respuesta a este punto afrontando las cuestiones derivadas del trazado de las nuevas poblaciones, de la higiene y de las nuevas viviendas. La reconstrucción regional debía afrontarse como problema global, haciendo especial hincapié en la construcción de las viviendas: sin embargo, cuando dos años más tarde se celebrara –siempre en Bruselas– el X Congreso Internacional de Arquitectos, Cabello Lapiedra (quien intervendría en representación de los arquitectos españoles) aún reclamaría la influencia del regionalismo en la arquitectura de los nuevos espacios<sup>13</sup>.

La idea de planes urbanísticos a una escala desconocida hasta el momento comenzó a hacerse presente en aquella España: sabemos de la propuesta de Bastida para definir el gran Bilbao, conocemos igualmente cuál fue la política territorial que definiera la Mancomunidad catalana así como el Plan Comarcal que en 1923 trazaran para Madrid Cascales, Lorite, López Salaberry y Aranda donde calificaban y definían el uso de los núcleos urbanos próximos a la Capital, zonificando el territorio al establecer tanto dentro como fuera del límite de la ciudad áreas industriales, aristocráticas, de clase media, clase obrera, militar, recreos, depósito y zona rural, estableciendo cómo los núcleos satélites proyectados debían trazarse en función de la presencia del ferrocarril. Si ello ocurre en 1923, recordemos que años antes (en 1909) el ingeniero Carlos Mendoza había presentado su Proyecto de Canalización y Aprovechamiento de Energía del Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla (aprovechando que electricidad y papeleras son los grandes negocios de esos años) del mismo modo que, años más tarde y desde criterios bien distintos, Lorenzo Pardo proponía actuar en la cuenca del Ebro, presentando un proyecto territorial, y definiendo lo que luego sería la Confederación Hidrográfica<sup>14</sup>. Si hasta el momento la colonización interior española podía entenderse como sumatoria de intervenciones puntuales, en torno a 1923 –al difundirse los proyectos de intervención urbana a gran escala– apareció una nueva forma de entender la política agraria, al ligarse a la misma no tanto a la puntual creación de riqueza en zonas hasta entonces despobladas como a la voluntad por potenciar los recursos energéticos e hidráulicos del país.

En su día, los comentarios de Costa sobre la necesidad de desarrollar una política agraria tan solo fueron escuchados por quienes, reclamando la vuelta a una arquitectura nacional, vieron en la política de colonización el terreno idóneo para desarrollar su reflexión sobre la sociedad perdida. Pero cuando triunfa la cultura urbana y, como señalara Prat de la Riba, lo que se busca es construir la gran *Catalunya ciutat*, se pretenderá llevar al mundo rural no solo el debate sobre la industrialización sino, incluso, las reflexiones que a comienzos de los años veinte se proponen para la metrópolis. Cambia, en consecuencia, la escala de intervención en el proyecto de colonización y cambian también el tipo de propuesta, como se evidencia en los proyectos concebidos por Lorenzo Pardo, Rafael Benjumea o Carlos Mendoza. Porque frente a quienes valoraban la política de colonización como sumatoria de inconexas intervenciones puntuales, aparece ahora el proyecto territorial a gran escala.

En esos momentos el proyecto urbano a gran escala se concebía bien como alternativa a la gran ciudad, bien como la exaltación de un fragmento urbano, lo cual implica entender que la ciudad pasa a convertirse en una sumatoria de fragmentos. A partir de los proyectos de ensanche, la ciudad establecía una dicotomía entre la ocupación real del territorio y la voluntad ordenadora de la propuesta. Zonificar el espacio inmediato a la metrópoli suponía sentar las bases de un proyecto de naturaleza nueva, tal como lo propusiera Baumeister en los años finales del siglo: desde esta idea surgía la propuesta de un plan comarcal en el que los nuevos núcleos satélites (residenciales, industriales, agríco-

las...) se valoraron de forma nueva. Hubo clara diferencia entre la forma de entender la construcción de ciudades satélites en Inglaterra, Alemania y España: si en los dos primeros se valoró tanto el posible cambio en la forma de vida (*lebensreform*, como apuntarían los alemanes) como la independencia frente a la gran urbe, en España, por el contrario, la construcción de los núcleos satélites se planteó desde la voluntad por encontrar un suelo económico donde construir viviendas obreras, posibilitando la construcción de un tranvía/ferrocarril radial que favorecería tanto el afán especulativo de los pequeños propietarios de suelo como los intereses de un capital deseoso de invertir en infraestructura.

Sáenz Ridruejo comentó en su día cuánto el estudio de Alzola sobre las obras públicas en España y su conclusión impactó a toda una generación de ingenieros: sólo sobre la base de una agricultura próspera podría España recuperar su pulso, por lo que era preciso aprobar desde las Cortes una política hidráulica que fuera base y motor de la regeneración nacional. De acuerdo con esta idea surgieron dos tipos de intervenciones bien distintas: Mendoza buscó la manera de adentrar –en 150 o 200 km– el Guadalquivir en tierra firme, buscando que la vía de agua posibilitara la navegación interior (favoreciendo tanto al puerto de Sevilla como impulsando la navegación fluvial) lo cual no sólo beneficiaría los riegos sino que generaría fuerza motriz en las proyectadas centrales hidráulicas; frente a esta propuesta, Lorenzo Pardo –destinado en 1906 a la División Hidrográfica del Ebro– presentaba en 1916 su proyecto de Pantano del Ebro publicando, al poco, trabajos como *Rehabilitación del Ebro como vía de transporte* propiciando que, desde Ciudadanía, en 1922 se publicara un primer trabajo sobre *Ciudad Jardín en el Ebro. Propuesta con fines agrícolas y navegación hasta Zaragoza* al que seguirían otros sobre la posibilidad de organizar el Ebro como cuenca. Retomada la idea de colonizar las márgenes del río por Hilarión González del Castillo (organizando ciudades-jardín en Logroño, Miranda de Ebro, Calahorra, Tudela, Zaragoza, Caspe y Tortosa) en una fantástica propuesta, sería el mismo Lorenzo Pardo quien en 1926 propondría –requerido por Benjumea, Ministro de Fomento en el Gobierno de Primo de Rivera– no solo un Plan General de Obras de la Confederación Hidrográfica del Ebro sino “...que el proyecto tuviera carácter de generalidad y que se redactara otro de aplicación exclusiva para el Ebro”<sup>15</sup> aprobándose ambas ideas en marzo de 1926.

Como señalara Lorenzo Pardo, la actitud de Benjumea fue mucho más allá de la del simple responsable de un departamento: tras lamentar... “no poder contar en otras regiones andaluzas, y particularmente en la suya andaluza, en el Guadalquivir, con preparación y personas para intentar algo análogo”, buscó definir un proyecto a escala nacional, intentando concretar así la política de regiones naturales que defendiera el Directorio. Ignorando la propuesta de Carlos Mendoza de 1909 (Mendoza, empleado a sueldo poco más tarde de los Infantado en la Hidroeléctrica de Santillana, emprendería a partir de 1919 –aprovechando los beneficios que la guerra produjera en el capital vasco– la singular aventura que fuera la Compañía Metropolitana de Urbanización, la primera gran inmobiliaria presente en Madrid y que, con los años, tras asociarse con otra inmobiliaria –Vasco Central Sociedad S.A.– tomara el nombre de Metrovacesa), Benjumea buscó aplicar el espíritu que había impulsado la Ley de Firms Especiales al mundo rural, entendiendo la política hidráulica como motor y fundamento de una nueva política de colonización<sup>16</sup>.

La decisión tomada por Benjumea supuso un significativo quiebro en la economía española al abandonar la política mantenida hasta el momento (el fomento de casas baratas como medio tanto de incentivar la industria de la construcción como política capaz de favorecer –gracias al Estatuto Municipal promulgado por el Directorio– importantes operaciones del suelo del ensanche) y establecer los grandes proyectos de transportes y obras hidráulicas como ejes centrales de su política. Artífice tanto de la Ley de Firms Especiales (formados por itinerarios radiales y periféricos, subastándose 2.000 km de carreteras de enlace) como de la nueva política de ferrocarriles (el Plan Preferente de Urgente Construcción de Ferrocarriles supuso tanto la creación de la Red del Oeste como la preparación de la estructuración

federal en tres grandes compañías y el programa de electrificación de 2500 km), durante su estancia en el Ministerio se proyectó el aprovechamiento de las aguas, creándose en consecuencia las Confederaciones Hidrográficas, entes con plena autonomía y personalidad jurídica. Lo singular de aquel conjunto de propuestas a realizar por el Estado es que se concibieron desde un único plan, especificando como cometido de las confederaciones hidrográficas proyectar y construir, con vistas al máximo aprovechamiento agrícola industrial, lo que suponía fomentar las agrupaciones corporativas<sup>17</sup>.

Lo que Benjumea consiguió al aunar en una sola persona las competencias de Obras Públicas, Agricultura, Minas y Montes, era reflejo de lo que en la Alemania de esos años se definirá como “revolución conservadora”. Lejos de proyectos regionalistas (como fuera la primera propuesta de Lorenzo Pardo, al buscar poner fronteras a la absorción de energía aragonesa por parte de Cataluña) Benjumea buscó definir un proyecto a escala superior, aplicando lo que Franz Neumann –refiriéndose a la Alemania anterior a 1939– denominara, en su Behemoth, la “vocación más racional”, consciente de cuanto el bienestar de la comunidad nacional solo podía estar protegido por el Estado<sup>18</sup>. Su gran proyecto político se desarrolló en un momento en el que los ingenieros jugaron un más que singular papel: Aguirre creaba Agroman; Goicoechea, convertido en testaferro en España de la AEG, iniciaba una no estudiada trayectoria como ingeniero-político; Gual Villalvi polemizaría al poco, tomando como pretexto los textos de la Organización Científica del Trabajo, con Nin y Suances se formaba como el gran promotor que luego será de la nueva economía de Estado. Políticos todos ellos pertenecientes al campo radical conservador, lo original en su planteamiento fue que, frente a la nostálgica reivindicación del pasado, por el contrario reclamaban un nuevo orden de vida, coherente con la idea definida por Moler al señalar las características de un... “movimiento de regeneración que trataba de desvanecer las ruinas del XIX y crear un nuevo orden de vida”, lo que suponía el ocaso de una generación y el alba de otra más joven<sup>19</sup>. Superadas las ideas esbozadas por Costa, Benjumea creyó encontrar en Primo de Rivera el “cirujano de hierro” reclamado años antes por quienes buscaban dar fin a los males de España.

El debate sobre la existencia de un Plan nacional capaz de aunar una política coherente de transportes por ferrocarril y carreteras, así como coordinar los proyectos relativos a obras hidráulicas, agricultura, montes y minas llevó a que en el mismo año de 1926 se celebrara un doble acontecimiento, más que significativo para la arquitectura y el urbanismo: por una parte, la celebración del I Congreso Nacional de Urbanismo en el que, entre otras conclusiones, se pedía a la Administración fijara por decreto la obligación de todos aquellos municipios con población superior a los 50.000 habitantes a aprobar un plan de ensanche; y paralelamente, la celebración de la exposición sobre La Ciudad y la Vivienda Moderna donde, dando por superada la construcción de las casas baratas que caracterizara los primeros años de la Dictadura, se proponía fomentar la construcción de bloques en altura (de alta densidad) para viviendas económicas en alquiler. Buscando que el Gobierno aprobara la Ley de Urbanismo (deseo que se mantiene hasta entrados los años cincuenta<sup>20</sup>), es en 1926 cuando el debate sobre la vivienda económica cobra nuevo sentido, cuando desde las revistas no especializadas se empieza a reclamar una arquitectura próxima a la que en esos momentos se difunde en centroeuropa, abandonando de una vez por todas las referencias a la “veta brava del arte español” que fuera el denominado “estilo Monterrey”, imperante hasta poco antes. Es el momento en que se fomenta la discusión sobre el uso del acero y cristal en la vivienda moderna; cuando se favorece la creación de empresas constructoras como Entrecañales, Huarte o Agroman; cuando se debate sobre qué debe ser la vivienda moderna, dando al traste con las viviendas definidas en las leyes de casas baratas de 1911 y 1921.

Hubo quienes, motivados por la política de Benjumea, propusieron en los momentos finales de la década de los 20 y comienzos de los 30, imprecisos proyectos –propuestas nunca llevadas a término– sobre la colonización del territorio, destacando –por la difusión que tuvieron en los medios– tanto

las “ciudades ferroviarias” concebidas por Paz Maroto o la nunca dibujada ciudad lineal de colonización que Hilarión González del Castillo propusiera en Guadarrama, así como la que debía disponerse paralela a la línea del proyectado ferrocarril Madrid-Valencia<sup>21</sup>. Al margen de anécdotas, Benjumea propone abandonar una economía agraria de tipo natural y busca asumir las pautas de una economía agraria de tipo industrial: será el Ministro de Fomento quien establezca las pautas de la política agraria y, en consecuencia, la política de colonización. Lejos de retomar la experiencia de la bonifica italiana que Escario (o Eugenio Montes) ponen como ejemplo, se busca asumir el modelo alemán. Y si el cine difunde las imágenes de “La aldea maldita” o “Nobleza baturra”, la sociedad vive momentos en los que la maquinaria (automóviles, tractores, aviones, locomotoras o barcos) se hace más que presente en la vida cotidiana del mismo modo que las nuevas dotaciones y equipamientos (centrales eléctricas, aeropuertos, fábricas, piscinas y clubes náuticos, escuelas...) impone su presencia en la vida cotidiana. Y es el momento en que nuevos edificios y construcciones agrarias sustituyen los equipamientos que pocos años antes había definido la Junta Central de Colonización Interior cambiando, de manera radical, la vieja imagen. Ciertamente algunos (Gonzalo Cárdenas, José Fonseca o Adolfo Blanco, por ejemplo) se mantendrán fieles a la imprecisa imagen de un pasado ya no deseado y que los concursos sobre viviendas rurales que ahora se convoquen apenas tendrán trascendencia<sup>22</sup>. Pero será a partir de 1931 cuando –iniciada la Reforma Agraria– no sólo se defina el Plan Nacional de Obras Hidráulicas que permite y posibilita el trasvase entre las diferentes cuencas sino cuando se decide llevar el debate sobre urbanismo y vivienda urbana al tema de la colonización. Y ejemplo de los cambios que experimenta la política colonizadora son las distintas actuaciones que se proponen, entre 1926 y 1934, en la cuenca del Guadalquivir.

En 1926 la Junta Social de Riegos del Guadalquivir convocaba un concurso para construir una barriada de cien viviendas agrícolas; en 1927 –y tomando como modelo la Confederación del Ebro– se constituía la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, cuya primacía sobre otras podía ser interpretada como preferencia fundada en la vinculación andaluza del Ministro<sup>23</sup>. Si antes el concurso convocado por la Junta Social demuestra cómo edificar un poblado para cien familias era una actuación puntual, la Ley de Obras de Puesta en Riego impondría actuar donde era urgente, remediando el problema del paro campesino. De este modo se marcaban cinco zonas en Andalucía (Valle interior del Guadalquivir, Guadalquivir, Guadalquivir, Genil y Chorro) como áreas donde actuar. Dando un paso más allá, en 1932 se convocó un concurso de anteproyectos para construir diez poblados en la zona del Guadalquivir y cinco en la de Guadalquivir, fijándose un programa preciso y bien definido (unas 240 viviendas en cada uno de los poblados) que diferenciaba entre casas para agricultores y casas para otras profesiones, ignorando ahora el programa de necesidades y equipamientos que fijara el Reglamento de 1908. Al concurso para los poblados del Valle interior del Guadalquivir se presentaron ocho equipos, mientras que para la zona de Guadalquivir lo hicieron cinco: la propuesta del Jurado al primer concurso fue conceder el primer premio y primer accésit *ex aequo* al equipo compuesto por Santiago Esteban de la Mora, Luis Lacasa, José Martí y Eduardo Torroja y a la propuesta de Fernando de la Cuadra, mientras que en la zona regable del canal de Guadalquivir, adjudicaba el premio al equipo formado por Esteban de la Mora, Lacasa, Martí y Torroja, concediendo el primer accésit al compuesto por Zabala, Martín Domínguez y Arrillaga<sup>24</sup>.

Lo singular de estos dos últimos concursos fue la pretensión de actuar en una zona, entendiendo que el conjunto de los poblados eran parte de un único proyecto y buscando que tanto el trazado como las viviendas de los colonos reflejaran el debate existente en aquellos momentos. A comienzos de los años veinte, la vanguardia europea entendió primero que la premisa básica en el proyecto vivienda obrera era la reducción del costo, lo que llevó a normalizar y estandarizar determinados elementos, tomando la arquitectura popular como referencia; algunos años más tarde la reflexión se centró en entender cuál debía ser el espacio mínimo necesario para la vida. Ignorando lo comentado, todavía

en 1931 la Comisión de Mejoramiento de la Vivienda Rural definía proyectos de viviendas rurales específicos para cada región, reiterando la opinión de que el espíritu de la arquitectura popular debía estar presente en las obras proyectadas: y frente a este criterio, quienes ganaron el concurso de 1934 chocaron tanto contra quienes reclamaban una arquitectura experimental como contra quienes optaban por el pastiche regionalista. Por encima del resultado del concurso conviene destacar que varios de los equipos (no sólo el constituido por Esteban de la Mora, Lacasa, Martí o Torroja, sino también el formado por Fernando de la Cuadra, Zabala, Cort, Pérez Minguez o Lien) encararon su respuesta abandonando las referencias regionalistas y optando por la simplificación y estilización de un tipo que se repetiría reiteradamente en los distintos poblados. De entre las varias propuestas presentadas me atrevo a destacar las dos formuladas por el equipo de Torroja, Lacasa, Martí y Santiago Esteban de la Mora, así como las presentadas por Martín Domínguez, Zabala y Arrillaga. Martín Domínguez, que participó sin su hasta entonces inseparable Arniches (reflejo de cómo el tándem Arniches-Domínguez no tuviera quizá la entidad que estableció la crítica de los años sesenta) conocía bien la preocupación de Torroja sobre la industrialización y estandarización de la arquitectura al haber colaborado con él en varios proyectos. Ambas propuestas reflejaban mejor que el resto lo que significaba la repetición de las piezas: aceptando el concepto de variación en el uso de los elementos compositivos, la solución del equipo que lideró Torroja reflejó cómo el esfuerzo del ingeniero por crear un equipo de investigación sobre la posible industrialización de la vivienda se llevó a término, precisamente, en un concurso sobre arquitectura popular. Y si Fernando de la Cuadra todavía integraba en su proyecto referencias a una arquitectura caracterizada por las rejas, los balcones o los soportales, la imagen que ofreció el equipo ganador nos lleva a pensar tanto en el debate sobre la vivienda mínima definido en esos años, como en las propuestas de Oud o, incluso, en las que Gatspcac presentó para Ibiza y Mallorca.

Aquel concurso fue el brillante final de la política desarrollada durante treinta años; tras la guerra, y pese a que Benjumea fuera nombrado primero responsable de Regiones Devastadas (dependiendo de Serrano Suñer) y luego Ministro de Agricultura, habrá que esperar hasta que en la V Asamblea Nacional de Arquitectos, en 1949, se replantea la necesidad de contar con una Ley Nacional de Urbanismo, reconduciendo de ese modo la errática política que en los primeros años de la posguerra definiera el recién creado Instituto Nacional de Colonización.

## Notas

<sup>1</sup> Ver Costa, J. *Política Hidráulica*, edición a cargo de Fernando Sáenz Ridruejo. Barcelona, 1975 y Bernardo de Quirós, C. *Los derechos sociales de los campesinos*, Madrid, 1928, p. 53; ver, así mismo, Junta Central de Colonización y Repoblación Interior. *Sucinta información de las colonias agrícolas instaladas en el periodo de establecimiento*, Madrid, 1924.

<sup>2</sup> Ver González Quijano, P. "Colonización y Repoblación Interior" en *Revista de Obras Públicas*. 1915, p. 49 y en II Congreso de Economía Nacional, "Colonización Interior y Política Hidráulica", ver *Revista de Obras Públicas*. 1917, pp. 305 y 317.

<sup>3</sup> *Colonización y repoblación interior. Memoria que eleva el gobierno de S.M. a las Cortes*, Madrid, 1909, p. 14.

<sup>4</sup> Campbell, J. *Der Deutsche Werkbund 1907-1924*. Stuttgart 1981, p. 67, nota 69.

<sup>5</sup> Oltra, B. *La ideología nacional catalana*. Barcelona, 1981, p. 46. Ver también Fages, I. "La despoblación de las comarcas rurales catalanas" en *La Vanguardia*, 25 junio 1922, p. 12. Sobre el catalanismo estatista (y a propósito de la discusión entre Zulueta, Tallada y Vidal i Guardiola) ver *La Catalunya* núm. 122, 5 de febrero de 1910, pp. 81-85, p. 96.

<sup>6</sup> Díaz Plaja, en su estudio sobre el *Modernismo* (p. 119, nota 26) señalaba cómo el concepto de mediterraneidad era para d'Ors *La solución al problema de la misión unitaria y clasicista del Mediterráneo*. Sobre la personalidad de Prat de la Riva ver Oltra, *op.cit.* p. 50. Sobre las modernas granjas y tratado de construcciones rurales ver Abadie, M. y los comentarios que sobre el mismo hiciera *La Construcción Moderna* 1911, p. 96; 1913, pp. 254-6; 1915, p. 110; Casali. *125 Modelos de Edificios Económicos. Casas Baratas, Villas y Granjas*. Barcelona 1915, del que *La Construcción Moderna* haría comentarios en 1924, p. 8 y 12.

<sup>7</sup> J. Martorell publicaba, en *Arquitectura y Construcción* de 1908 (pp. 79-90; 110-18; 140-48; 205-21 y 268-74) un estudio sobre lo que entendía era “La arquitectura moderna” bien distinto en su contenido tanto al que editara Manuel Aníbal Álvarez sobre “Lo que pudiera ser la arquitectura española contemporánea”, Madrid, 1910, como al artículo de L. Muncunill aparecido en *Arquitectura y Construcción* 1913, pp. 242-46.

<sup>8</sup> Collins, G. y Collins, Ch. *Camilo Sitte y el nacimiento del urbanismo moderno*. Barcelona, 1980, p. 450. La noticia sobre los proyectos de reconstrucción en áreas devastadas aparece en J. Campbell, *op.cit.* p. 82. P. Uyttenhove en su estudio “*Les efforts internationaux pour une Belgique moderne*” aparecido en *Reconstruction en Belgique après 1914*. Lovaina, p. 40 hace referencia al plan comarcal de Dublín como antecedente del plano de Bélgica.

<sup>9</sup> Ver Sambricio, C. “Las promesas de un rostro” en *Madrid Política de Suelo y Gestión Municipal 1920-40*, Madrid, 1982, p. 63.

<sup>10</sup> Campbell, J. *Der Deutsche Werkbund...* Stuttgart, 1981, p. 108. El estudio de Vicente Lampérez sobre *Las ciudades españolas y su arquitectura municipal al finalizar la Edad Media* se publicó en Madrid en 1917. Su “Programa para la historia de la arquitectura civil española” apareció en *La Construcción Moderna*, 1911, pp. 105-7; 133-36; 155-58. Su estudio sobre “Tradicionalismo y exotismo” apareció tanto en *Arquitectura y Construcción* (1911, pp. 194-99) como en *La Construcción Moderna* (1911, pp. 261-67). Chueca comentaría, en sus *Invariantes* (Madrid, 1971, p. 34), cómo Lampérez sostenía: “que los estilos no se forman fácil y de repente sino que son depuración de muchos elementos y la labor de muchos siglos”. Por ello, para él la arquitectura contemporánea vivía de la imitación de los estilos antiguos, apreciando dos claves en la tendencia imitativa en la arquitectura contemporánea: tradicionalismo y exotismo.

<sup>11</sup> *Civitas* de junio de 1920 publicaba p. 9-13 una amplia referencia a la exposición de Bruselas de 1913. Sobre el Town Planning Conference de 1915 ver Uyttenhove, *op.cit.* p. 52, donde cita la participación de los urbanistas ingleses en la formación de los técnicos belgas haciendo referencia específica a Unwin y Abercrombie. El comentario sobre el problema de la organización de la ciudades belgas figura en el texto de M. Smets “*La reconstruction belge ou le pasaje de l'art urbain a l'urbanisme*” en *RECLAM. La reconstruction en Belgique*, 1914, p. 78.

El Congreso de Bruselas fue tema de trabajo publicado en el *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos* 1919, n°62. El comentario sobre la Ciudad Lineal en la exposición de Bruselas apareció en *La Ciudad Lineal*, 1919, pp. 281-2 editando en Gonzalo del Castillo un folleto en francés sobre el proyecto de la Ciudad Lineal belga en el que describía la propuesta. F. Roca estudió en su día la figura de Cebria Montoliú y la Ciencia Cívica. Ver, entre otros trabajos, el publicado en *Cuadernos de Arquitectura y Urbanismo* n°80, 1971, p. 41-46.

<sup>12</sup> Collins (*op.cit.* p. 319) estudió en su día cómo la longitud de cada unidad, en el nuevo plan, tenía alrededor de 10 kilómetros de longitud y contaba con un centro cívico situado en el cruce de dos ejes perpendiculares; la Ciudad Lineal quedaba separada del campo mediante una banda verde y, rompiendo con lo destacado por Soria, en el interior de la ciudad aparecía una zonificación de uso. Igualmente, *El Sol*, 9 de agosto de 1923, p. 4; Sobre el Congreso de Gante ver *El Socialista*, 11 de diciembre de 1923, p. 3; 19 de febrero de 1924, p. 3; 25 de marzo, p. 3; 20 y 27 de mayo, p. 3; 3 de junio, p. 3; 17 de junio, p. 3; 15 de julio, p. 3. Sobre la influencia de Geddes en Jaussely, ver Uyttenhove, *op.cit.* p. 57, opinión compartida por Topalov.

<sup>13</sup> Sobre los concursos planteados en Bélgica para la reconstrucción ver R. de Meyer “*L'architecte entre l'image et la réalité*” en *RECLAM. La reconstruction en Belgique 1914* p. 72. La afirmación que la exposición de Bruselas fue solo un ejercicio de estilo donde los arquitectos realizaron siempre esquemas desde la referencia inglesa aparece en J. Maes *ibid*, p.189. Un año más tarde, J. Martorell publicaba en *Civitas* (marzo 1914, p. 17-20) un trabajo sobre la *Exposición de la habitación y construcción de ciudades de Leipzig*, retomando el tema en la conferencia pronunciada en el VIII Congreso de Arquitectos celebrado en Zaragoza al intervenir sobre *Modernos métodos de urbanización*. Ver *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, 1919, n°61. Sobre el mismo tema y del mismo autor, ver en *Civitas*, febrero de 1916, pp. 24-25 así como en abril de 1921 su trabajo sobre *Urbanització i habitació*.

<sup>14</sup> C. Mendoza *Proyecto de canalización y aprovechamiento de energía del Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla*. Madrid 1919; ver, así mismo, *Ingeniería y Construcción*, n°6, junio de 1923, pp. 252-3; igualmente, C. Sambricio *Las Promesas de un Rostro*, *op.cit.*, pp.57.

<sup>15</sup> Sáenz Ridruejo, conferencia dada en el Colegio de Ingenieros de Caminos sobre la labor de Lorenzo Pardo, p. 74; Sobre la Ciudad Jardín en el Ebro ver *Ciudadanía*, 30 de septiembre de 1922, p. 3, así como los artículos de Luis Fuentes López “Los riegos del Alto Aragón” en *Ingeniería y Construcción* 1924, pp. 50-54; sobre El Plan General de las obras de la Confederación Hidrográfica del Ebro en *El Constructor*, 1926, p. 189. Ver siempre Lorenzo Pardo, *La Confederación del Ebro. Nueva Política Hidráulica*, Madrid, 1930, p. 96.

<sup>16</sup> “Declaraciones del Ministro de Fomento sobre las confederaciones hidrológicas y el régimen ferroviario” en *El Pueblo Vasco*, 4 mayo 1929, p. 3.

- <sup>17</sup> Martín Gaité, C. *El Conde de Guadalhorce, su época y su labor*. Madrid, 1977, p. 43.
- <sup>18</sup> Neumann, F. *Behemoth, Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*. México, 1983, p. 471; sobre la revolución conservadora ver Louis Dupeux ed. *La Revolution Conservatrice dans l'Allemagne de Weimar*, París, 1992 y R. Kühnl ed. *La República de Weimar*, Valencia, 1991 así como Helf, J. *El modernismo reaccionario*, México, 1990, p. 325.
- <sup>19</sup> Bullivant, K. "La revolución conservadora" en Phelan, A. *El Dilema de Weimar*, Valencia, 1990, p. 67.
- <sup>20</sup> Sambricio, C. *Introducción a Secundino Zuazo. Madrid y sus Anhelos Urbanísticos*, Madrid, 2003, p. 49. Sobre la Ley Nacional de Urbanismo ver *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*. nº250, 30 mayo 1927, p. 11 así como Carvajal, C. "Necesidad de una ley de urbanismo. Congreso Panamericano de arquitectos", *La Ciudad Lineal*, 10 octubre 1929, pp. 382-3. Igualmente, Cort, C. "Influencia del régimen político en el trazado de poblaciones", *La Construcción Moderna*, 1930, p. 348; López Baeza, A. "Ley de urbanismo", *El Sol*, 28 agosto 1931, p. 3; "La capitalidad del nuevo Estado significa Ley de Urbanismo", *El Socialista*, 8 de septiembre de 1931, p. 4; "Escrito de los Arquitectos a la Sociedad Central. Denuncia a los caciques de las obras públicas y señala la necesidad de un urbanismo planificado, acorde con el nuevo régimen", *La Construcción Moderna*, nº 9, 1931, p. 141; Fonseca, J. "Hacia una política urbanística nacional", *La Construcción Moderna*, 1 de mayo de 1933, p. 3.
- <sup>21</sup> Sobre las ciudades ferroviarias de Paz Maroto ver Sambricio, C. *Las promesas de un rostro*, op.cit. p. 221. Igualmente, Paz Maroto, J. "La cooperativa de ciudades ferroviarias y el momento actual", *El hogar propio*, año III, nº 20, junio 1930, p. 56, así como "Urbanismo ferroviario" en *Revista de Obras Públicas*, 1942, p. 556.  
Sobre la ciudad jardín castellana de González del Castillo ver "La ciudad jardín castellana, lineal, colonizadora", *La Construcción Moderna*, 15 marzo 1934, p. 93; "La primera ciudad jardín colonizadora española", *La Construcción Moderna*, 1 mayo 1934, p. 151. *La conquista del Ebro y la ciudad jardín*. Aragón, nº 15, dic. 1926.
- <sup>22</sup> Fonseca, J. "Extracto de la memoria: La vivienda rural en España", *Arquitectura*, nº 1, 1931, pp. 13-24; Cárdenas, G. "Hacia la mejora de la vivienda rural", *ABC*, 21 junio 1935; Blanco, A. "Comisión de mejoramiento de la vivienda rural", *Arquitectura*, nº 149, 1931, pp. 313-15.
- <sup>23</sup> Publicado en el BOE, Córdoba, 25/03/1926. *El Constructor*, 1926, p. 431. *La Construcción Moderna*, nº 1, 15 enero 1926, p. 3.
- <sup>24</sup> Esteban de la Mora, S., Lacasa, L., Martí, J., Torroja, E. "Concurso de anteproyecto para la construcción de poblados en las zonas regables del Guadalquivir y el Guadalmellato", *Arquitectura*, diciembre 1935, p. 275; "Concursos de anteproyectos para 8 poblados en la zona regable del valle inferior del Guadalquivir. Bases." *La Construcción Moderna*, 15 mayo 1933, p.21. "Fallo del concurso sobre poblados de las zonas regables del Guadalquivir y Guadalmellato", *La Construcción Moderna*, 1934, p.47; "Rectificación del concurso de anteproyectos de poblados", *La Construcción Moderna*, 1 junio 1933, p. 17.